



La Sarta

**Cómo ser un animal
salvaje en España**

**Gabi
Martínez**

La gartera ta



**Cómo ser un animal
salvaje en España**

LAGARTA

Cómo ser un animal salvaje en España

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es - www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2022

© Textos: Gabi Martínez, 2022

En representación del autor: Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

Ilustraciones de cubierta e interior: Francisca Pageo

© icono lagarto: MariLila/Shutterstock; guardas: Morphart Creation/Shutterstock; hojas: Pawaris Pattano09/Shutterstock; Bucardo: Joseph Wolf/dominio público; desmán: Guérin-Méneville/dominio público; ballena: D. du Monceau/dominio público; Selma Huxley: Rastrojo/CC BY 2.0; mano y murciélago: Morphart Creation/Shutterstock; urogallo: Venca Bartuska/Shutterstock; cigüeña negra y lince: andrey oleynik/Shutterstock

ISBN: 978-84-08-25211-5

Depósito legal: B. 17.502-2021

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

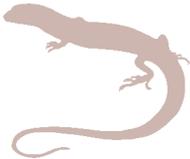
Printed in Spain – Impreso en España

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70/93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La gartera ta



**Cómo ser un animal
salvaje en España**

**Gabi
Martínez**

Ilustraciones de Francisca Pageo

SUMARIO

01

Alguien

7

02

Lagarto gigante

23

03

Ballena vasca

57

04

Urogallo

95

05

Bucardo

123

06

Lince

153

07

Desmán

189

08

Murciélago

215

09

Cigüeña negra

241

Agradecimientos

259

01

Alguien



Con la nieve por las rodillas, Luis Fernández se inclinó señalando unas huellas y dijo: «Por aquí ha pasado alguien». La nieve silueteaba un rastro de patas de pájaro. Ascendíamos la montaña rumbo a un cantadero de urogallo. El tamaño de las huellas sugería un animal más pequeño que el que buscábamos, pero supuse que Luis también debía considerar «alguien» al urogallo, un alguien especialmente cercano y querido en el vecindario salvaje.

Era el primer año de la pandemia y el país atravesaba un período de confinamiento estricto, así que dedicarse a buscar huellas en la montaña cubierta por una altísima capa de nieve virgen tenía mucho de privilegio. Y ese mismo contexto aumentaba de un modo atípico el deseo de ver seres vivos, fueran personas o no; el deseo de ver a ese otro, a esos otros, que nadaban, caminaban y volaban cerca pero invisibles. Al aludir a «alguien», Luis me hizo pensar en el confinamiento no solo humano y en el hilo que, durante el último año, se estaba tendiendo entre los animales que yo llevaba décadas buscando y los millones de personas que sumaban meses experimentando encierros de distinta índole, desde la comunidad a la provincia, el barrio o el propio hogar. El diccionario define *confinar* como «obligar a alguien a permanecer en un lugar o encerrarlo en él». Obligar a «alguien». Hay una segunda definición en la que el confinamiento se asocia al destierro de una «persona» a un lugar determinado del que no puede salir. Seguro que Luis también podía emplear palabras como *destierro* para explicar el destino de un buen número de animales.

Yo había pasado casi media vida rastreando al tigre siberiano, al moa neozelandés o al pizozapato en Uganda para divulgar la vigencia de esos animales que una vez fueron importantes en el imaginario de ciertos pueblos y ahora estaban en apuros o se habían extinguido. Denominé al proyecto *Animales invisibles* y, junto a mi amigo arqueólogo Jordi Serrallonga, me dediqué a escrutar la actualidad de unos seres que «existían» lejos de mi ciudad. De la mayoría de las ciudades.

En ese tiempo fui afinando la mirada sobre el entorno, asumiendo que si un proyecto sostenible comienza por cuidar lo cercano, la literatura debía ser consecuente, y que ya era hora de atender a la fauna más próxima. De modo que empecé a sondear valles, estepas, costas, dehesas de España. Aparecieron los primeros animales imprevistos, dudas y revelaciones sobre la relación que la gente había tenido con la fauna nacional. Y entonces llegó la COVID.

Como los invisibles suelen habitar espacios naturales más o menos aislados y mis movimientos no comprometían la salud de otras personas, conseguí permisos para continuar viajando. Buscar animales invisibles por un país confinado detonó paralelismos entre la situación de muchas de esas especies refugiadas en espacios cada vez más constreñidos y la que nos tocaba vivir a los humanos. Si sufrir juntos une, el virus abrió una ventana de empatía que incitaba a emprender lo que Thomas Berry llamó la Gran Conversación entre los seres humanos y la naturaleza. Las otras naturalezas, en realidad. Berry apelaba a tratar el entorno con respeto considerándolo un igual, sabiendo que de su supervivencia depende la nuestra. No proponía una conversación literal, claro, aunque a saber quién no le ha hablado a una rosa o a un perro sintiendo que, literalmente, charlaba con ellos.

De entrada, dirigirse a una planta suena más raro que decirle algo a un animal. La gente habla a diario con gatos, pericos, hámsteres, caballos. Los biólogos, veterinarios, pastores y especialistas de ese

ámbito incluso hablan con serpientes, arañas, jirafas, yaks, sobre todo si los conocen. Porque interpelar a una foca cualquiera o a un mono desconocido no basta. El humano necesita algo más: tender un hilo. ¿Cómo normalizar ese acto? ¿Cómo no observarse a uno mismo como alguien un poco tronado cuando le hablas a un caballo cualquiera? Nombrando. Nombramos para reconocer el entorno, para dotarlo de una identidad que nos permita aproximarlo a nosotros. Para dialogar con él. El nombre es una de nuestras mejores fórmulas de confianza y cariño.

Las dos perras de mi vida se llamaban —mi madre convenció a sus tres hijos para que aceptáramos esos nombres (éramos jóvenes e influenciables)— Cuqui y Bobi; la tortuga, Gustavo; el canario, Ulises. Los gatos que comparten cama con mi hijo son Simba y Zum. El perro que día a día asombra a mi pareja y a la pequeña Katia, Foc (Fuego). El repertorio de nombres con los que identificamos a los animales es enorme y podría explicar mucho sobre la mirada que volcamos en ellos, pero hasta aquella mañana en compañía de Luis no había oído a nadie emplear una generalización tan humana para referirse a otras especies. Al decir «alguien», Luis daba rango de semejante no solo al invisible ser de dos patas que había brincado por allí, sino al conjunto de los animales que poblaban el bosque, estableciendo un vínculo cordial con todos, sin necesidad de atribuirles un nombre concreto. Al decir «alguien», Luis consideraba al pájaro uno de los suyos, lo integraba en su familia.

Luis tenía cincuenta y seis años, que en gran medida había dedicado a proteger animales. Desde hacía unas décadas cobraba por cuidar osos, pero era un viejo fan del urogallo y aprovechaba cada oportunidad para defenderlo. En el pueblo no caía muy bien. Era forestal, el típico aguafiestas, y había asumido el rol con un orgullo que no jugaba a su favor. Le gustaba mantenerse apartado, hablar lo justo. Estilo urogallo. Criatura de madrugada que prefiere la soledad y, eso sí, cuando canta lo hace a fondo.

Como el urogallo, pero también como el lobo o la cabra montesa; como José María Valverde, el tritón y Juan Mieg y Mariano de la Paz Graells; como el lagarto gigante, Félix Rodríguez de la Fuente o el desmán, Luis pertenecía a una estirpe de resistentes que habían experimentado el confinamiento un poco antes que los demás y, por mucho que se los mantuviera en los márgenes, formaban parte de una familia que trascendía la especie. Todos eran alguien. Los animales «no son hermanos, no son adláteres; son otros pueblos», había escrito el naturalista Henry Beston, y por lo visto Luis pensaba algo así. Henry Beston y Luis Fernández habían aprendido a conversar con esos pueblos, utilizando palabras también. Imaginar a uno y escuchar al otro hacía que uno se preguntara si cuando los animales se comunican entre ellos no se refieren a nosotros con algo similar a nombres.

Beston es un respetado autor de *nature writing*, lo que en español vendría a traducirse como «literatura sobre naturaleza», y detectar que en mi lengua no existía un término concreto que nos introdujera a los relatos sobre la naturaleza fue otra revelación que desencadenó muchos porqués.

En el origen del imaginario animal español hay una cueva llena de bisontes. El descubrimiento de las pinturas paleolíticas de Altamira entronizó la figura del bóvido poderoso cazado por grupos humanos, y ahora, con la perspectiva de los milenios, impresiona hasta qué punto aquellas pinturas anunciaban una tradición cultural. El tiempo ha rebajado el tamaño del bóvido cediéndole el papel de tótem al toro, pero el legado de Altamira continúa caracterizando a España.

El arte de lidiar toros se remonta como mínimo a la Edad de Bronce. La cueva descubierta en 1868 vino a afinar dónde empezó la afición por desafiar al bravo, explicando a base de antepasados rupes- tres la importancia que este herbívoro aún posee en la península.

Las rocas de Altamira también muestran ciervos y animales no tan grandes, pero el que domina aquellos techos y paredes de caliza es el cornudo imperial.

El toro ha secuestrado el imaginario animal español acaparando durante siglos los debates naturales. Ha sido el Sol del bestiario nacional: todo el país hablando de él mientras olvidaba al resto de fauna. El toro. Elevándose como un monarca sentimental, involuntario rey del ruido y la disensión capaz de diluir la presencia de murciélagos, tejones, arañas, lagartos, cigüeñas, abejas o ranas sin los que Hispania —«Tierra de conejos», según los fenicios— no existiría.

La diferencia respecto a muchas otras culturas es que el toro es una figura con hombre. En España no se aprecia al toro solo, sino perfilado junto a un ser humano con el que además lucha a muerte. Se observa al toro como a un rival de otra naturaleza al que el hombre —no la mujer— debe batir, y bate. España no necesitó la Revolución industrial para asentar la convicción de que los humanos deben y pueden someter a cualquier naturaleza ajena; ha pulido esa idea escenificándola a lo largo de centurias, y esto ayuda a entender la relación entre distante y hostil que el país ha mantenido con los seres considerados salvajes. De todas formas, Altamira queda lejos. Ha habido mucho tiempo para modificar nuestra relación con el toro, lo que seguramente habría implicado cambiar nuestra mirada hacia la naturaleza y los animales, pero no ha sido hasta épocas muy recientes cuando se ha percibido una cierta reacción. ¿Qué ha pasado mientras tanto?

Cuando los árabes introdujeron la historia natural en Europa filtrando descripciones realistas de animales a los que los religiosos cristianos a menudo presentaban como mitos, relativizaron el lugar ocupado por criaturas que, a fin de cuentas, no eran más que seres vivos dentro de un ecosistema. Muchas personas comenzaron a apre-

ciar al animal físico más allá de la idea más o menos fabulosa que la comunidad proyectaba de él.

El descubrimiento de América despertó otro interés por la fauna. Las nuevas formas de vida y el deseo colonial de imponer los animales «propios» en los territorios conquistados agudizó la observación naturalista. Además de la productividad de las especies, se analizó su comportamiento con más rigor, e incluso hubo quienes empezaron a encargar retratos de sus animales domésticos. El arte es un buen indicador de los afectos y las repulsas de cada época, y en las obras del siglo XVI ya asoman personas que apreciaban a los animales por sí mismos. Aunque aún había mucho que hacer. Cervantes lo dejó claro.

Si el elefante es una catedral del reino animal, Cervantes se eleva como su equivalente en el ámbito literario. Se trata de un referente bien visible que podría contradecir el espíritu de este libro, pero estaremos de acuerdo en que el interés por el chorlito ceniciento no disminuye la importancia del elefante o el león; uno y otros forman parte de lo mismo, y por eso, en ocasiones, el león, el elefante o Cervantes ayudan a ilustrar muy bien la realidad de individuos mucho menos populares pero que se mueven en su mismo mundo. Además, Cervantes no era aún CERVANTES cuando escribía, sino un hombre manco y encerrado que después de contar la historia del hidalgo loco y su escudero obeso, que montaban un caballo y un asno llamados Rocinante y «el rucio», ofreció una novela narrada en primera ¿persona? por un perro: Berganza. Al parecer, el manco que escribía sobre locos y perros en primera ¿persona? era un incondicional del pensamiento alternativo y sintió la necesidad de llamar la atención sobre el descomunal maltrato que se infligía a los animales en su época. Basta leer a Berganza en *El coloquio de los perros*.

El Quijote tiene mucho de libro de viajes, y en eso conecta con otro «elefante» anterior, el *Poema de mío Cid*, de autor anónimo, cuyo protagonista desterrado habla con los pájaros mientras cabalga a la

yegua Babieca. Siglos más tarde, el Juan Ramón Jiménez que se recuperaba de la ruina económica y la depresión (por la que llegó a ingresar en un sanatorio) inventó al burro Platero. Y a finales del mismo siglo XX, un deficiente mental imaginado por Miguel Delibes regalaba una especie concreta al acervo mítico español: la milana (citada en femenino).

Un manco confinado, un escritor invisible, un superviviente de la ruina y la depresión y un cazador que han pensado como un loco, un desterrado, un burro y un deficiente mental, han firmado algunos de los contactos con animales más memorables de la literatura española. Da que pensar cómo había que estar para escribir literatura sobre animales cercanos hasta hace poco.

En el siglo de Cervantes, los naturalistas pioneros de la Escuela de Zúrich ya divulgaban informaciones sobre ciertos animales que contribuían a extender la idea de lo que algunos denominaron «una nueva humanidad». La ciencia mostraba inauditos detalles de organismos exóticos, se manejaban nombres insinuantes como megaterio, danta, capibara o yapok. Ese incipiente interés por los animales propició nuevos afectos antes de que, entre la clasificación con la que Carl von Linné bautizó a todas las especies conocidas y el brote del Romanticismo, se produjera una inflamación sentimental colectiva que ayudó a observar de otro modo a la fauna.

Inglaterra presentó la primera Sociedad Protectora de Animales en 1824, Francia impulsó la suya veintiún años después, y en 1872 España aportó una propia. Fue creada en Cádiz, donde residía una vanguardia intelectual que, a juicio de ingleses y franceses, ni mucho menos bastaría para cambiar la actitud de los españoles hacia el reino animal. De hecho, Inglaterra y Francia, los dos países precursores del animalismo en Europa, que asociaban el respeto por otras especies con los derechos de las mujeres o con unos horarios laborales sensatos, también hicieron un *ranking* de colectivos proclives al maltrato animal que ponía en la picota a las clases bajas —tanto

a los trabajadores urbanos como a los campesinos en general— y «a los españoles y a otros pueblos».

Las corridas de toros favorecían que se señalara al país como un modelo pernicioso contra el que los vanguardistas de Cádiz poco podrían hacer. Además, las expediciones de biólogos, naturalistas y escritores ingleses a la península Ibérica solían corroborar la ignorancia que los españoles tenían de su propia fauna, y de su naturaleza en general. Viajando, los investigadores extranjeros conocían a auténticos expertos en aves, flores, mamíferos, pero casi siempre se trataba de gente aislada y autodidacta. No existía un plan de Estado o social que apostara por educar en naturaleza.

Hay quien ha dicho que ingleses, franceses, suizos y compañía propulsaron un implacable rodillo proteccionista en los grandes espacios naturales de Europa, forzando a cambiar costumbres locales sin demasiados miramientos. Lo que yo sé al margen de adjetivos ajenos es que cuando busqué textos antiguos para ubicar especies en España, buena parte de las primeras referencias académicas y de los libros de naturaleza no estrictamente científicos, que mezclaban la vivencia personal con el juicio de valor y el detalle meticuloso, provenían de exploradores foráneos. De modo que salían a mi encuentro apellidos como Chapman, Buck, Mieg, Dufour, y entre ellos se colaban, eso sí, otros que en general no dejaron obras tan celebradas pero mantuvieron prendida la llama naturalista nativa, como Cabrera, Seoane o Graells. En uno de esos volúmenes, el suizo Juan Mieg comentaba su amistad con Graells y cómo recibían en Madrid las investigaciones de ambos: «Creo que somos más o menos los únicos en esta capital que se divierten en semejante cosa, y a causa de esto se nos llama, a veces, mariposeros».

El mérito de los Cabrera, Seoane o Graells es incomparable porque desplegaron su pasión pese a burlas y prejuicios. Hay un texto en el que Mieg agradece a Graells, «este joven sabio», lo mucho que lo ayudó a rectificar sus errores en la clasificación de coleópteros.